

BURLA, SÁTIRA Y HUMOR EN *FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS* (HUELLAS DE LA COMICIDAD CARNAVALESCA)

JOSE ENRIQUE MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Universidad de León

RESUMEN

Sin olvidar el carácter didáctico y moralizante del *Fray Gerundio de Campazas*, este trabajo incide en el ejercicio de la sátira por medio de la ridiculización y la burla. Tales mecanismos se estudian inicialmente en la educación del protagonista, entendida como un proceso encaminado a conseguir determinados frutos. Pero el eje vertebrador del artículo es la indagación en las huellas profundas que el espíritu carnavalesco ha dejado en la obra del padre Isla. Tales huellas, aunque almibaradas, se manifiestan en el uso del lenguaje carnavalesco (vulgarizaciones, silogismos absurdos, citas heréticas y ridículas), de fórmulas groseras (insultos y juramentos), de degradaciones (abundantes alusiones a las secreciones corporales de todo tipo), en las carcajadas estruendosas y en el uso de nombres-apodo ridiculos y caracterizadores. Desde el pensamiento de Bajtín entendemos mejor el *Fray Gerundio*, sin olvidar los modelos citados por Isla: Cervantes, Molière y, desde luego, el Erasmo del *Elogio de la locura*.

Las obras que escribió el padre Isla son muchas y diversas, pero ninguna tan conocida como la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, que apareció en febrero de 1758 a nombre de Francisco de Lobón y Salazar, cura párroco de San Pedro de Villagarcía de Campos. El éxito fue fulminante: «En menos de una hora de su publicación —escribe Isla a su cuñado— se vendieron trescientos que estaban encuadernados: los compradores se echaron como leones sobre cincuenta ejemplares en papel que vieron en la tienda: a las veinticuatro horas ya se habían despachado ochocientos; y empleados nueve librereros en trabajar día y noche, no podían dar a basto»¹. El éxito llegó a la Corte, donde los reyes se hicieron leer la obra por dos veces; los nobles gustaron de ella tanto como los aldeanos; Isla recibió felicitaciones de Feijoo; y el mismo Papa Benedicto XIV leyó el libro complacido.

Ese fue, digamos, el paréntesis. Antes hubo un tira y afloja. Isla tuvo que declinar en otro nombre la autoría de la novela para que la Compañía no se opusiera a su publicación. Y, curiosamente, aceptó poner su nombre bajo el título nada menos que «¡Un Lobón! ¡Santos Cielos! ¡Un Lobón! [...] ¡Un Lobón que, en tres o cuatro sermones que predicó —y algunos de ellos de rumbo—, dejó muy atrás a todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles!» (179)². En cambio, el obispo de Palencia, dominico que temía que los dardos del padre Isla se dirigieran contra su Orden, negó la licencia para imprimir la novela en Villagarcía, por lo cual tuvo que salir en Madrid en la fecha ya indicada.

Tras el celebrado éxito del primer volumen se piensa en imprimir el segundo. Pero los «gerundianos» atacados en la obra pasan a la ofensiva y logran que la Inquisición prohíba en 1758 la impresión. El proceso dura dos años y acaba con un Decreto inquisitorial que condena la obra en mayo de 1760, para incluirla en el «Índice de Libros Prohibidos» en septiembre del mismo año. El manuscrito de la segunda parte se imprimió, cuajado de erratas y de forma clandestina, en 1768. El problema que presenta es de carácter textual: las correcciones se fueron acumulando y hoy es casi imposible restaurar el texto auténtico.

En nuestra época, la novela parece quedar lejos del interés de los lectores. Algunas aventuras han podido correr de boca en boca por su gracia manifiesta, pero mucho nos tememos que la lectura directa de la obra sea cosa de eruditos y curiosos. Los capítulos se suceden con escasa movilidad de los personajes; las páginas están repletas de reglas doctrinales para la buena predicación

¹ ISLA, *Cartas familiares*, n.º 123, en (1945) *Obras escogidas*. Madrid: Atlas (BAE, XV), p. 469.

² Las cifras entre paréntesis remiten a las páginas del *Fray Gerundio de Campazas*; cito por la edición de J. JURADO. (1992). Madrid: Gredos.

que hoy ejercen escaso atractivo. Sin embargo, el padre Isla se sentía fuerte para continuarla y pensaba en una tercera parte que empezaría tratando «del ridículo modo con que entendía fray Gerundio el mandato de casi todos los obispos de España» y terminaría «con la conversión de fray Gerundio al verdadero modo de predicar [...], de su muerte ejemplar precedida de una pública retratación de los disparates que había dicho en sus sermones». Como su lejano modelo cervantino, este «don Quijote de los predicadores» volvería a la cordura y moriría de forma ejemplar exhortando a sus frailes para que predicasen con «decoro, gravedad, juicio, nervio y celo» (938-939).

BURLAS Y VERAS

Como es sabido, José Francisco de Isla construye un personaje ficticio, fray Gerundio de Campazas, predicador extravagante, con el fin de ridiculizar y corregir a los predicadores culterano-conceptistas de la época que desde el púlpito vertían toda clase de insensateces basándose en una erudición llena de citas latinas y de conceptos huecos, de atrevidos y estúpidos silogismos, de correspondencias absurdas, de equívocos y agudezas.

Antepone a su obra un «Prólogo con morrión», es decir, con armadura protectora o defensiva, en el que afirma: «Siendo, pues, el único fin de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo a esta parte» (137); y más adelante: «Esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar no sólo de España, sino de todo el mundo; porque, más o menos, en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores» (178). La finalidad didáctica del texto es clara, pero ¿cómo llevarla a cabo? ¿Cómo lograr desterrar a estos predicadores y a sus sermones? Por medio de la parodia, de la burla y de la sátira. La sátira es el «género del humor que aprovecha el poder correctivo de la risa para ejercer su labor crítica, didáctica y moralizadora mediante el recurso de presentar bajo un aspecto cómico los vicios y defectos con una clara intención de denuncia. Es decir, la sátira cumple al pie de la letra el precepto horaciano “castigat ridendo mores”» (Martín Casamitjana, 1986: 30). Escribe Isla: «Haz cuenta que, para burlarme y, al mismo tiempo, para corregir...» (138). *Corregir* es una palabra que reitera en el prólogo. Se trata, pues, de desterrar y corregir. Frente a las recriminaciones imaginarias del lector severo y avinagrado por tratar asunto tan grave como la predicación sagrada mezclando burlas y veras, lo serio y lo burlesco (152), el narrador dirá que muchos lo han intentado en tono serio sin lograrlo, por lo que, fiándose de Horacio, añade que «muchas veces, o las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres el medio festivo

y chufletero de hacerlas ridículas que el entonado y grave de convencerlas disonantes» (158); cuenta el padre Isla con los ejemplos eminentes de Molière y *Don Quijote*: «¿Por qué no podré esperar yo que sea tan dichosa la *Historia de fray Gerundio de Campazas* como lo fue la de Don Quijote de la Mancha, y más siendo la materia de orden tan superior y los inconvenientes, que se pretenden desterrar, de tanto mayor bulto, gravedad y peso?» (159). Parece que, dado su objetivo, el padre Isla, a diferencia del *Quijote*, fracasó en su empeño, pues la obra «fue condenada y prohibida por la Inquisición, los que se sintieron aludidos “se desataron en un furor irracionalmente cruel” y los “chabacanos predicadores” y los “sermones truhanescos” —en palabras de Moratín— siguieron campando en los púlpitos españoles» (Martínez García, 1992: II, 96); otra es la opinión de Fernández Martín (1978: 38), el cual afirma que una inmensa carcajada a lo largo y a lo ancho de toda España aturdió a los interesados, que fueron bautizados con el remoquete de «gerundios», y que hubo cambios y conversiones admirables entre los predicadores. Pero lo que aquí nos interesa es esa doble faz del texto, burlas y veras, que reafirmó don José Rada y Aguirre, capellán de honor de su Majestad, cura del Real Palacio y Académico de la Real Academia Española, en una de las cartas preliminares de la novela; en dicha carta manifiesta lo que la obra de Isla tiene de sátira, pero también de risa, hasta el punto de que «los mismos impugnados no han de poder contener la risa al verse con tanta gracia zaheridos». Y a quienes piensen que asunto tan serio como la predicación sagrada no debe tratarse con chanzas, contesta: «¿Quién duda que los antiguos inventaron el arte de la sátira para castigar con risa las costumbres? ¿Quién quita que, riendo, se digan las mayores verdades? [...] ¿No se ha de usar del chiste, de la sal y del gracejo para contener a los malos predicadores y se ha de permitir que muchos —no les demos el nombre que merecen— hagan el papel ridículo de decir chistes, equívocos y refranes para mover a risa al auditorio, al que he visto yo algunas veces en una carcajada continua, aun estando patente el Sacramento augusto?» (92-93).

Burlas y veras son la doble faz del *Fray Gerundio*, pero la crítica se ha fijado únicamente en el segundo término, en una sola faz, mientras que el primero ha sido frecuentemente dejado de lado, aunque se reconozca, de pasada, el gusto del autor por la burla, el chiste y la travesura (Alborg, 1972: 278). Así, por ejemplo, José Caso González ve en la obra de Isla la crítica y la sátira de aspectos de la vida del momento, sin añadir que tal sátira sea paródica y burlesca: sátira de «un tipo de oratoria sagrada que era un resto degenerado de la oratoria barroca que Paravicino había puesto de moda en el siglo anterior»; sátira de «los métodos de enseñanza y las materias de que se atiborra la excelente memoria de Gerundio»; sátira, además, «de los aristotélicos, de la filosofía moderna y del *Verdadero método de estudiar*, de Verney»; y, por fin, «sátira

de la vida religiosa» (Caso González, 1983. 297-299). Desde el punto de vista crítico me parece inexcusable preguntarse por las maneras en que se ejerce la sátira, por los procedimientos de que se vale para ejercitarla. Y tales procedimientos tienen que ver con la ridiculización y la burla, sin que esto nos lleve a negar —sería estúpido hacerlo— el carácter didáctico y moralizante de la obra que la crítica ha estudiado con mayor empeño. Empecemos analizando el asunto en lo que a mí me parece —y no sólo a mí (*vid.* Caso González, 1983: 298)— el tema más importante del *Fray Gerundio*: la educación³, la sátira de los métodos educativos, enfocados a través de la burla.

LA EDUCACIÓN DE FRAY GERUNDIO Y SUS RESULTADOS

En la obra de Isla la educación se presenta como un proceso que origina unos determinados frutos. Tal proceso comienza en la propia familia, prosigue en la escuela y, posteriormente, en el convento. En la familia empieza el aprendizaje de la lengua materna: el niño Gerundio «antes de dos años ya llamaba *pueca* a su madre con mucha gracia, y decía *no quiero cuerno* tan claramente como si fuera una persona» (208). Pero Gerundio aprende no sólo de sus padres, sino también de los frailes que pasan por casa de Antón Zotes, padre del niño, de camino para predicar en tal o cual lugar; consecuencia: «Aún no sabía leer ni escribir y ya sabía predicar» (209). Un fraile lego que pasaba por allí le profetizó su futuro, «dijo que aquel niño había de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador» (208), a lo que añade con ironía el padre Isla: «En cuanto a fraile, lo fue tanto como el que más; lo de gran letrado, si no se verificó en esto de tener muchas letras, a lo menos, en cuanto a ser gordas y abultadas las que tenía, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo más que desear» (209). El niño Gerundio oía a estos predicadores, los remedaba y aprendía de memoria «los mayores disparates que los oía» (209). Tal es el caso del sermón de un religioso que pasa por la casa de los Zotes, que comenzaba: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Que se quema la casa! *Domus mea, domus orationis vocabitur*. Ea, sacristán, toca esas retumbantes campanas: *In cymbalis bene sonantibus...*» (211). No es extraño que el niño Gerundio sufra pesadillas y, bajo los efectos de tal sermón, comience «a predicar con mucha gracia el sermón que había oído por la noche, pero sin atar ni desatar, y repitiendo no más que aquellas palabras más fáciles que podía pronunciar en

³ «Novela de educación y ejemplos» la llama Rodríguez Cepeda (1995: 68) y J. JURADO (1992: 48), «obra crítico-didáctica».

tiernecita lengua, como *fuego, agua, campanas, saquistán, tío Lázaro*; y, en lugar de Picinello, Pagnino y Vatablo [autoridades traídas a cuento por el religioso], decía *pañuelo, pollino y buen nabo*, porque aún no tenía fuerzas para pronunciar la *l*» (214); vista su pericia, todos —sus padres, el cura del lugar y el fraile predicador— convinieron en que el niño había de ser gran predicador y que, de inmediato, se le enviara a Villaornate —pueblo leonés cercano a Campazas— donde comenzaría el aprendizaje escolar con un maestro muy famoso que allí había.

El maestro de Villaornate era un cojo no lerdo, aunque sí extravagante, inventor de un nuevo sistema ortográfico que consistía en escribir con letra pequeña lo que se concebía como pequeño y con letra grande lo que se concebía como grande; así una Pierna de Vaca había de escribirse con mayúscula, lo mismo que Monte. Lo contrario, decía, «no se puede tolerar y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí» (222). Gerundio era listo y aprendía cuanto se le enseñaba:

Su desgracia fue que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaban mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular a todo lo ridículo, impertinente y extravagante que jamás hubo forma de quitársele. Y aunque muchas veces se encontró con sujetos hábiles, cuerdos y maduros que intentaron abrirle los ojos para que distinguiese lo bueno de lo malo [...], nunca fue posible apearle de su capricho: tanta impresión habían hecho en su ánimo los primeros disparates (227).

Una de las mayores extravagancias del maestro cojo de Villaornate consistió en enseñar a los niños la pronunciación de vocales y consonantes tomando en serio lo que en *El villano caballero* —copia mala de *El burgués gentilhomme* de Molière— es una burla de los maestros pedantes que enseñan impertinencias y ridiculeces. He aquí su enseñanza:

De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *bocales*, y otras *consonantes*. Las *bocales* son cinco: *a, e, i, o, u*. Llámense *bocales* porque se pronuncian con la boca.

—Pues, ¿acaso las otras, señor maestro —le interrumpió Gerundio con su natural viveza—, se pronuncian con el cu...? —y dájolo por entero.

Los muchachos se rieron mucho. El cojo se corrió un poco; pero, tomándolo a gracia, se contentó con ponerse un poco serio, diciéndole:

—No seas intrépido y déjame acabar lo que iba a decir. Digo, pues, que las *bocales* se llaman así porque se pronuncian con la boca y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras *bocales*. Esto se explica mejor con los ejemplos. *A*, primera vocal, se pronuncia abriendo mucho la boca: *a*.

Luego que oyó esto Gerundico, abrió su boquita y, mirando a todas partes, repetía muchas veces:

—*a,a,a*; tiene razón el señor maestro (231).

Y así fue enseñando el cojo de Villaornate a pronunciar cada una de las vocales, cosa que Gerundio aprendió sin ningún problema.

El maestro quiso saber si los demás muchachos habían aprendido también las importantísimas lecciones que los acababa de enseñar, y mandó que todos a un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les había explicado. Al punto se oyó una gritería, una confusión y una algarabía de todos los diantres. Unos gritaban *a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El cojo andaba de banco en banco, mirando a unos, observando a otros y enmendando a todos: a éste le abría más las mandíbulas; a aquel se la cerraba un poco; a uno le plegaba los labios; a otro se los descosía, y en fin, era tal la gritería, la confusión y la zambra, que parecía la escuela ni más ni menos el coro de la Santa Iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectación (232).

Gerundio quiso dar cuenta a sus padres de lo que llevaba aprendido —nada más que impertinencias, necedades y extravagancias (232)—. Por su larga extensión no podemos citar aquí el fragmento más regocijante del *Fray Gerundio* y donde el humor de Isla —imbuido de espíritu crítico y satírico— se muestra a rienda suelta. Lo cierto es que en la práctica de la pronunciación de las vocales se vieron implicados padre y madre, el cura del lugar, un fraile y el propio niño Gerundio, cada uno lanzando a voz en grito su diferente vocal, con voces también diferenciadas, desde la «hombruna y carraspeña» de Catanla a la «clueca y algo aternerada» de Antón Zotes, de la «gangosa y tabacuna del cura», a la «corpulenta y becerril» del fraile, con las que contrastaba la atiplada de Gerundio; el pueblo entero, que tomaba el fresco en esa plácida noche de verano, se sintió asustado por el estruendo. Y aún más por el desencajamiento repentino de la mandíbula inferior de Catanla, que sólo por un certero cachete del barbero del lugar volvió a encajarse en su sitio natural. Informados los concurrentes del origen de la algazara, «quedaron pasmados de lo que sabía el niño Gerundio, y todos dijeron a su padre que le diese estudios, porque sin duda había de ser obispo» (237).

El maestro de Villaornate dejó tal huella en el alma del muchacho que, siendo ya fraile acudirá a su autoridad y a la sabiduría adquirida por «todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villaornate» (351). Superadas estas enseñanzas, lo mandan a estudiar con el dómine Zancas-Largas, hombre que mezclaba latín y castellano en sus conversaciones con ridícula pedantería y que disfrutaba de un gusto estrafalario en lo tocante a la latinidad, porque había leído a muchos autores, «pero pagábase de lo peor y, sobre todo, le caían más en gracia los que eran más retumbantes y más ininteligibles» (247); le gustaban los títulos altisonantes, suspiraba por las dedicatorias largas y grandilocuentes y abogaba por la antigüedad de las mismas. Expresaba unas reflexiones ridículas, tenía un estrafalario modo de pensar y se inclinaba siempre por lo peor, ganado por algún sonsonete ridículo, insulso y pueril (286). Y a tal maestro, tal discípulo, pues ocurría, además, que las enseñanzas de Zancas-Largas se acomodaban al gusto extravagante del propio Gerundio. Así que tras «cinco años, cuatro meses, veinte días, tres horas y siete minutos» de aprendizaje de muchas impertinencias, Gerundio regresó a Campazas. Al igual que hizo a su vuelta de Villaornate, al regresar de la escuela de Zancas-Largas, Gerundio quiso dar muestras de lo que había aprendido con el dómine, sobre el que exclamó:

—*Proh Dii immortales! Mystagogus meus est homo qui amittitur de conspectu* («¡Oh dioses inmortales! Mi maestro es un hombre que se pierde de vista»).

Preguntáronle si había muchos muchachos. Y al punto respondió:

—*Qui numeret stellas, poterit numerare puellas* («El que pudiere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos») (293).

Y he aquí la aplicación práctica de los anagramas que le enseñó su maestro:

Si, en lugar de decir *mi madre*, dijera *mi merda* y, en vez de decir *Antonio Zotes*, dijera «o *Tina o Zesto, y sobran dos piernas*», tan lejos estaría de perderlos el respeto que usaría de una de las figuras más delicadas y más ingeniosas que hay en toda la retórica (294).

Las enseñanzas del dómine Zancas-Largas, al igual que las de su primer maestro, dejaron tal impronta en el muchacho que, pasados los años, hecho ya predicador orate y botarate, Gerundio recordará la importancia de sus enseñanzas. Hasta será capaz de replicar a fray Blas —su máximo modelo de predicador— en torno a la *invención* y a que «el buen orador ha de inventar lo que

alaba»: «Hago alguna memoria de que, cuando el dómine Zancas Largas nos explicó esto de la invención, no la dio en el sentido que tú la das» (743); molesto, le replicó fray Blas: «¡Válgate el diantre por tu dómine Zancas Largas, que ya me tienes zanquilargueados los ijares!» (744). En otra ocasión acudirá Gerundio también a las enseñanzas del dómine: «me acuerdo haber oído a mi amado dómine Zancas Largas...» (793). Discípulo aplicado, reflejó sus enseñanzas fielmente. Según cuenta el narrador, en una cena con otros frailes, Gerundio los divirtió mucho porque

como su pedantísimo preceptor, el dómine Zancas-Largas, para cada cosa, para cada especie y aun para cada palabra, tenía de repuesto en la memoria un montón de latinajos, versos, sentencias y aforismos que espetaba a todo trance, viniesen o no viniesen...» (519).

Gerundio acabará de fraile, movido por la cara divertida de la vida religiosa que le pinta un «lego de buen humor», frente a la severidad que le advierte un serio y grave provincial de cierta orden religiosa. En la vida de Gerundio habrá siempre dos tipos de personas: gentes ridículas y extravagantes, satirizadas por Isla, y las graves y serias; Gerundio se inclinará siempre por las enseñanzas de las primeras.

A los quince años entró Gerundio en Religión. Ya es novicio y pone rápidamente en práctica las enseñanzas de aquel lego, con malicias disimuladas ante un maestro de novicios crédulo y bonachón, sucediéndose así algunas de las «hazañas» más celebradas de fray Gerundio por su jocosidad (303-304).

Profesó, hizo votos y fue a estudiar «las artes» —la filosofía— a otro convento en el que el lector, fray Toribio, con la cabeza llena de trivialidades inútiles enseñaba lo que para nada servía. En todo caso a Gerundio, que quería ser predicador, aquellas cosas abstrusas no le interesaban ni se aplicaba a estudiarlas. Su salvación fue fray Blas, predicador mayor del convento, que le enseñaba los ademanes adecuados para predicar y a comenzar el sermón con un refrán o chiste, como hizo el propio fray Blas en relación con el misterio de la Trinidad en un sermón que comenzó así:

«Niego que Dios sea uno en esencia y trino en personas», y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron a mirarse los unos a los otros, o como escandalizados o como suspensos, esperando en qué había de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando a nuestro predicador le pareció que ya los tenía cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: «Así lo dice el ebionista, el marcionista, el arriano, el maniqueo, el sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los Concilios y con los Padres» (319).

Fray Blas, el nuevo maestro y modelo de fray Gerundio era un hombre presumido e ignorante que causaba daños irreparables a los colegiales del convento:

Cobran horror al estudio escolástico, tan necesario para la inteligencia de los misterios y de los dogmas y para no decir de unos y de otros tantos disparates como dice el padre predicador; dedícanse a leer libros de sermonarios inútiles y disparatados o a trasladar sermones tan ridículos, tan insustanciales y aun tan perniciosos como los del padre fray Blas; tómanle a él mismo por modelo, remedándole hasta las acciones y los movimientos, sin advertir que los que parecen bien, cuando son naturales, se hacen risibles y despreciables en el remedo. Críanse con esta leche y salen después a ser la diversión del vulgo, la admiración de los piadosos, el descrédito de la orden y tal vez su azote y su tormento (337-338).

He aquí un ejemplo de la admiración boba de fray Gerundio ante el título para un sermón que fray Blas le propone: «Ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la ciencia»:

Tenga usted, padre predicador —le interrumpió luego fray Gerundio—. No diga más, que sólo eso me encanta. Esos retruecanillos, ese paloteo de voces y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa. *¡Ciencia de la ignorancia, en la sabia ignorancia de la ciencia!* ¡Vaya! Que no hay más que decir. A la verdad, yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena, me suena; y signifique lo que significare, ello es una gran cosa (342-343).

Frente a la influencia de fray Blas lucha inútilmente un padre ex-provincial de buen juicio. Fray Gerundio acaba siendo predicador, como era su meta desde el principio. Se trata ahora de poner en práctica las enseñanzas de sus maestros, el de Villaornate y el dómine Zancas Largas, de fray Toribio y, sobre todo, de fray Blas, todos grandes orates. Ante el primer sermón que le encargan, como práctica, fray Gerundio ejercitará los ademanes inculcados por el predicador mayor (415-416) y, preparado para el sermón en estado de excitación cercano a la locura, lo inició con una especie de trivialidad («No es de menos valor el color verde por no ser amarillo, que el azul por no ser encarnado», 420), para continuar después con citas latinas sin cuento y argumentos absurdos. Hubo risas, bulla y algazara, pero nada pudo enmendar a fray Gerundio, pues tenía muy arraigadas las estrafalarias enseñanzas recibidas. Se ordenó sacerdote, se convirtió en

predicador sabatino y fray Blas se propuso hacer de él un discípulo que superara la fama del maestro. Frente a las prudentes reglas de predicación con que le instruye fray Prudencio, fray Gerundio aclamará a su fray Blas como «mi guía, mi ayo, mi maestro [...], mi padrino de púlpito» (483), pidiéndole otras «reglas claras, breves, perceptibles», a lo que accede el maestro; la cuarta regla, por ejemplo, dice así: «Sea siempre el estilo crespo, hinchado, erizado de latín o de griego, altisonante y, si pudiera ser, cadencioso» (490); son reglas que fray Gerundio aseguró tener en cuenta, pues «no se apartaría un punto de sus consejos, de sus principios y de sus máximas» (499). Así pudo componer la famosa «plática de disciplinantes» que admiró al público y demostró que el discípulo había sobrepasado al maestro, por más que en la consideración de los padres graves fuera un conjunto «de locuras y de despropósitos» (551) y un «tejido de dislates» (555); pero vista la aceptación que tuvo entre los colegiales, consideró «chocho» al que podía ser su buen maestro, fray Prudencio, y «no sólo se confirmó en la estrafularia idea de predicar que ya se había formado, sino que con el tiempo fue salpicando todas las más ridículas y más extravagantes» (569), sobre todo en el arte de «tocar las *circunstancias*» en el exordio del sermón (fecha, lugar nombres, etc., relacionados con la fiesta en que se predicaba). Sus maestros son ahora el imponderable fray Blas y el *Florilugio sacro* (1738) de fray Francisco Soto y Marne, donde encuentra los mejores modelos de sus estrafularios sermones; conforme a tal maestro y tal modelo compone sermones disparatados que dejan aturullado a su mismísimo preceptor Zancas-Largas (599), como el que predicó en la fiesta de Campazas (619-631), que dejó pasmados a los lugareños. Fue otro personaje cuerdo —en esta ocasión el magistral de la catedral de León— el que le recriminó un sermón repleto de inconexiones, impertinencias, extravagancias, citas ridículas y osadamente aplicadas, conceptos superficiales, falsos y pueriles (669). Dicho magistral, tío de fray Gerundio, quiere darle nuevas enseñanzas y persuadirle a que estudie la dialéctica, la filosofía y la teología, pero fray Blas le encandila con la fama que ha alcanzado y su enseñanza es definitiva en relación con el magistral: «Calla, disimula, humíllate, muéstrate convencido, dale palabra de enmendarte, consúltale en todo lo que se ofreciere, pero tú haz aquello que se te antojare» (726). Con las enseñanzas previas de fray Blas predicó un estupendo sermón de honras fúnebres que el padre Isla no transcribe por entero por no hacer llorar de risa a los lectores (826), pero que dejó aturridos a los oyentes y exaltado al licenciado Frechilla, que exclamó casi en éxtasis admirativo:

—¡Oh, gloria inmortal de Campos! ¡Oh, afortunado Campazas!
 ¡Oh, dichosísimos padres! ¡Oh, monstruo del púlpito! ¡Oh, confusión
 de predicadores! ¡Oh, pozo! ¡Oh, sima! ¡Oh, abismo! ¡Es un horror!
 ¡Es un horror! ¡Es un horror! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! (828).

De nada valieron los consejos de un abad benedictino que escuchó el sermón, pues la respuesta de fray Gerundio fue esta vez contundente: «¡Viva el *Florilogo* y muérase la peste!» (857), con lo que se confirma una vez más, y finalmente, que de tales maestros, tales discípulos, y de tales enseñanzas, tales frutos.

HUELLAS DE LO CARNAVALESCO

Es llamativo que nadie se haya acercado a la comicidad carnavalesca del *Fray Gerundio*; apenas encuentro más que alguna levísima alusión (Rodríguez Cepeda, 1995: 65). Y, sin embargo, me parece algo fundamental para entender la obra isleña, al menos su riqueza cómica.

En su decisivo libro *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Bajtin señala que en el mundo de esas dos etapas la cultura cómica popular era de una importancia y amplitud después desconocidas y que se daba en oposición a la cultura oficial, seria, religiosa y feudal de la época. El aspecto cómico, las formas y manifestaciones de la risa popular afectaban tanto a las fiestas religiosas como a las ceremonias y ritos civiles de la vida cotidiana: «ninguna fiesta se desarrollaba sin la intervención de los elementos de una organización cómica» (Bajtin, 1987: 11). Se producía así una dualidad de mundos: el serio y el cómico. Bufones y payasos eran los personajes característicos de la cultura cómica en la Edad Media (algo de lo bufonesco pervive en las figuras de fray Blas y fray Gerundio). El carnaval, el espíritu carnavalesco, la liberación transitoria, la abolición jerárquica, los ademanes francos, la ausencia de constricciones, etc., produjeron un lenguaje carnavalesco típico del que quedan restos en el *Fray Gerundio*: en su aprovechamiento burlesco del lenguaje popular avulgarado, en los argumentos silogísticos absurdos y en las citas heréticas y ridículas. Pero la parodia de Isla es satírica y agresiva, negativa, ajena, en cierto modo, a lo que Bajtin entiende por parodia carnavalesca, festiva, popular, universal y ambivalente, pues a la vez niega y afirma, amortaja y resucita. Más que humor festivo, el de Isla es mal humor, humor agresivo, áspero, duro. No es el mundo entero cómico, no todo se ve jocosamente, porque Isla pone la pantalla del distanciamiento culto, la superioridad del sarcasmo, de la visión esperpéntica *avant la lettre*; el autor ocupa el estrado y mueve los hilos de sus personajes divididos en buenos y malos; y estos están vistos con óptica animalizadora, rebajadora. Es lo propio del satírico moderno, que «sólo emplea un humor negativo, se coloca fuera del objeto aludido y se le opone, lo cual destruye la integridad del aspecto cómico del mundo, por lo

que la risa se convierte en un fenómeno particular» (Bajtín, 1987: 16), no universal⁴.

En Isla quedan, sin embargo, profundas huellas del humor carnavalesco, pero almibaradas; así, por ejemplo, en el uso de un lenguaje que fue grosero, en forma de insultos y juramentos, formas propias del lenguaje carnavalesco; en Isla, los juramentos se cortan, las groserías también; juramentos y groserías que se dicen y no se dicen, se asoman y se ocultan: «Por vida de... —y echóle redondo—...» (308) (se elide *Cristo*: «por vida de Cristo»)⁵; en boca primero del cojo de Villaornate y después de Gerundio, la aparente grosería sólo se insinúa: «Aquél que me *arreare* las orejas que yo le he de *arreare* en el cu... —y acabólo de pronunciar redondamente» (228); y Gerundio: «Acaso las otras señor maestro [...], se pronuncian con el cu...? —y díjolo por entero» (231).

De igual manera, perviven en el *Fray Gerundio* huellas *degradantes*; la degradación es un rasgo sobresaliente del *realismo grotesco*, concepción estética correspondiente a la «concepción cómica del mundo» que estudia Bajtín. Las huellas más sobresalientes en el *Fray Gerundio* me parecen las alusiones frecuentes a las secreciones corporales, lágrimas, mocos y excrementos. Estas alusiones dividen claramente el cuerpo en la parte alta y de frente y la parte baja y trasera; pero ambas se igualan en cuanto aberturas corporales, orificios de secreción, de rebajamiento, de degradación. Ya en el «Prólogo con morrión», el autor interrumpe el discurso de esta manera: «Voy a sonarme las narices, porque me baja la fluxión y lo pide la materia» (172), forma de humillar y rebajar un tratado contra los predicadores españoles. La secreción nasal es alusión frecuente a lo largo de la novela: Gerundio niño practica con el dómine Zancas-Largas la predicación, pero antes «limpióse los mocos con la punta de la capa [...], gargajeó y comenzó a predicar...» (278); fray Blas también se suena las narices con estrépito (318) antes de iniciar el sermón; el magistral, antes de hablar con su sobrino Gerundio, tomó un polvo de rapé, se restregó los ojos y se sonó las narices (668); también el beneficiado interrumpe un poco su conversación con Gerundio para tomar un polvo, sonarse y gargajear (400), y fray Blas se limpiará las narices antes de anunciarle a fray Gerundio que lo van a dedicar al púlpito, a predicador (413). Si todas estas secreciones ocurren antes de realizar algo, las que suceden para celebrar algún hecho —por ejemplo, un sermón «de rumbo»— son más estruendosas; tras el primer sermón de fray Gerundio en el refectorio del convento:

⁴ Las huellas de lo carnavalesco pueden explicar algunas semejanzas de visión del mundo y de su expresión —literaria en un caso, pictórica en otro— entre el padre Isla y Goya, semejanzas estudiadas por Helman (1970).

⁵ *Cfr.*: «...porque ¡voto a tal! —y arrojóle redondo» (*Quijote*, I, XLV).

Hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio que a cada paso resonaban las carcajadas a mandíbulas batidas, hasta llegar un padre presentado a vomitar la comida de pura risa, el letor del caso a atragantarse con un bocado de queso y hasta el lego que andaba con la cajeta (siendo así que no entendía mucho de sermones ni de latines), cogiéndole uno de los desperpósitos con el Jesús en el pico, volvió a arrojar en él por boca y por narices como cosa de media azumbre que ya se había embanastado con tal ímpetu que asperjeó y roció medianamente a los dos colaterales (424).

Las mujeres que abrazan a la madre de Gerundio tras la «plática de disciplinantes» de su hijo, le dejan «bien regada la cara de lágrimas y de mocos» (545); los colegiales que celebran dicho sermón escupen, gargajean, se suenan las narices (557); y cuando fray Gerundio llegó a Campazas para predicar en la función del Sacramento, su madre y las demás mujeres lo abrazaron y regaron de mocos y de lágrimas, de «desperdicios» (601). Hasta en los propios títulos aparecen jocosamente alusiones a estos hechos: el capítulo VII del libro II se titula así: «Cánsase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suénase, límpiase y prosigue la conversación» (389); y el capítulo II del libro VI: «Estornuda el beneficiado [...]; y después se suena» (892).

De los orificios corporales superiores, la boca es la gran puerta al exterior, por donde entra lo ajeno hasta hacerse propio. Quizá no fuera inoportuno traer aquí a cuento comidas y bebidas hasta la embriaguez (481) o casi (524). Pero dejemos este aspecto y descendamos hacia la parte baja del cuerpo. El padre Isla «sentía cierta complacencia en los temas escatológicos», cierta proclividad hacia el detalle grosero, en el que suele regodearse (Alborg, 1972: 263 y 280). Sebold (1960: I, LXVI) cree que algunos pormenores escatológicos parecen directamente inspirados por los del *Quijote*: así cuando el padrino de Gerundio, Quijano de Perote, no puede acompañarlo a Pero-Rubio, donde aquél predicaría un sermón de honras, porque «cuando ya estaba aparejada la burra, se le desenfrenaron tan furiosamente las almorranas (de que adolecía) que no le fue posible montar a caballo» (805). Lo excrementicio forma parte de la huella carnavalesca. El cojo de Villaornate sentaba a Gerundio a su lado, le limpiaba los mocos y «cuando el niño tenía ganas de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos traseros de las bragas [...] y, arremangándole la camisita, le llevaba en esta postura hasta el corral, donde el chicuelo hacía lo que había menester» (225). «Tengo gana de cierta cosa», dijo fray Blas en una ocasión e «hizo lo que tenía que hacer» (342). Y Gerundio probará en la práctica que «la sustancia es inmediatamente operativa», no entendiendo por *sustancia* más que el caldo de gallina, haciendo que le administraran una lavativa con dicha sustancia y declarando ante la concurrencia escolar:

—Los que quisieran ver si el caldo de gallina hace o no hace obrar inmediatamente, vayan a mi celda y allí encontrarán la prueba. Y después, que se vayan a defender que la sustancia no es inmediatamente operativa (316).

Hay, en efecto, restos carnavalescos, pero edulcorados, primeramente por el mismo lenguaje (evacuar, proveerse, menester, cierta cosa...) y, sobre todo, porque falta en Isla el valor ambivalente señalado por Bajtin, según el cual la degradación cava la tumba corporal para dar lugar a un nuevo nacimiento. Falta en Isla el valor positivo de la degradación. El carácter meramente ridículo o negativo es lo típico de la degradación moderna, carente —según Bajtin— de esa ambivalencia regenerativa. Es el de Isla un realismo grotesco muy atenuado: quedan restos, huellas solamente, fragmentos embrionarios, como dice el teórico ruso, que a veces pueden lograr vitalidad (Bajtin, 1987: 28).

En el capítulo de lo carnavalesco hay que poner también las carcajadas que resuenan en diferentes ocasiones en *Fray Gerundio*. No podemos decir que la cultura de la risa impregne la novela; se trata de carcajadas sueltas, pero estruendosas. Subrayan con su desmesura hiperbólica la necesidad de un personaje o los disparates de un sermón o un razonamiento. Y ríen hasta personajes de continente serio y grave como Zancas-Largas (278) o el padre provincial (444). Se ríe individualmente o en grupo: «rióse a carcajada tendida toda la mosquetería del aula» (315) ante el silogismo gerundiano de que la *sustancia* era inmediatamente operativa. Pero, sobre todo, se ríe en los sermones y en todo lo que tiene que ver con ellos. El preceptor Zancas-Largas abogaba porque en los sermones se diera cauce a la risa a carcajadas: «Sermón en el que el auditorio no se ría por lo menos media docena de veces a carcajada tendida, no daría yo cuatro cuartos por él» (280). Y el gran predicador fray Blas lo corroborará: «No se oye otra cosa [...], si el predicador tiene un poco de sal, que grandísimas risadas» (354) Todo el mundo rió «a carcajada tendida» ante un inesperado y chistoso comienzo de un sermón de fray Toribio (319); en un sermón de fray Blas «a carcajadas se hundía la ermita» (413); el propio predicador mayor «se tendía de risa por aquellos suelos» (416) ante la gesticulación de fray Gerundio en un ensayo de predicación; también al beneficiado lo vemos «tendiéndose de risa por aquellos suelos» (896), riéndose a carcajadas, «en fuerza de las cuales temió arrojar los ijares por la boca» (900), ante distintas insensateces de la predicación.

Los sermones de fray Gerundio originan bulla, risas y algazara: así, en su primer sermón en el refectorio del convento, «durante la salutación hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio que a cada paso resonaban las carcajadas a mandíbulas batidas» (424); hasta los padres graves del convento,

reunidos en una celda para leer con calma el sermón de fray Gerundio repitieron «con más libertad las carcajadas» (426); uno de éstos, el provincial, ante algún gran despropósito de fray Gerundio, tras reprimir inicialmente la risa, lanzó «una espantosa carcajada» (444). También el sermón que fray Gerundio predicó en Campazas provocó algazara, gritería y bulla entre la gente (632), que prosiguió en casa de Antón Zotes (642). En *Fray Gerundio se ríe y se ríe* mucho y con desmesura, pero acaso haya que decir, con Bajtín, que esta risa en una obra del XVIII no expresa una concepción universal del mundo, sino que afecta a aspectos parciales, entre otras cosas porque los hombres graves y serios no son objeto de comicidad, que queda restringida a aspectos concretos o viciosos de los individuos y de la sociedad (Bajtín, 1987: 65); en el *Fray Gerundio* la risa subraya la necedad e ignorancia de Gerundio y los gerundianos, a la vez que los hace objeto de burla y los recluye en el mundo de lo bufonesco, un lugar aparte del mundo serio y disciplinado⁶. La carcajada es como el estrambote del mundo serio. En todo caso es una huella más de lo carnavalesco que expresó bien un capitán de infantería que escuchó la plática de disciplinantes de fray Gerundio: «¡Plática mejor de carnestolendas y exhortación más propia para una procesión de mojiganga, ni Quevedo!» (547).

LOS NOMBRES PROPIOS

También los nombres propios, utilizados para caracterizar a los personajes, son propios del lenguaje carnavalesco. Si seguimos a Bajtín, en estos casos la frontera entre nombres propios y comunes se debilita, a la vez que los nombres adquieren la cualidad de sobrenombres; son nombres-*apodo* o nombres-*definición*, como quería Gracián⁷, que pierden su carácter neutro, pues incluyen siempre una idea apreciativa, positiva o negativa, que, en el caso de Rabelais, poseen un matiz elogioso-injurioso (Bajtín, 1987: 415).

Pensemos en el nombre del protagonista, Gerundio, y en el de sus familiares más cercanos. Fue a Antón Zotes, el padre del niño, al que se le ocurrió «un estupendísimo nombre, que enjamás se empujó a ningún nacido y se ha de empuner a mi chicote» (207): ese nombre es Gerundio y conmemora un seis que Antón Zotes sacó como nota por un Gerundio bien puesto. No es

⁶ No puede olvidarse, además, la tradición de la comedia, en la que los espectadores se ríen de algún «pobre hombre» sin identificarse con él, a la manera de Molière, a quien Isla cita varias veces en su «Prólogo con morrión» (Vid. SEBOLD, 1960: I, 110 y 112-113).

⁷ «...Egenio, que éste era su nombre, ya definición» (B. GRACIÁN, *El Criticón* (1651, 1653, 1657, en tres partes). Madrid: Cátedra, 1980, p. 257).

nombre neutro, como se ve, pues es, además de singular —y en la línea de los Buscones, el Dómine Cabra y otros (Fernández Martín, 1978: 41)— ridículo, cercano fónicamente a «Abundio» que en castellano es sinónimo de tonto por excelencia. No fue el único nombre en que pensó la familia: no se le puso *Perrote*, como a su padrino, Quijano de Perote, porque *Perote Zotes* no sonaba bien, siendo mejor *Perote de Campazas*, a semejanza de Amadís de Gaula, Oliveros de Castilla y otros héroes de la Caballería (como Quijote de la Mancha, cuya sombra planea por aquí). En el «Prólogo con morrión», el padre Isla dice que Gerundio es «nombre ridículo, nombre bufón, nombre truhanesco» (138); y en otras ocasiones señala «lo bufón y estrafalario del nombre» (138), «la misma ridiculez del nombre y su misma inverisimilitud» (139), «el nombre fingido y [...] estrafalario» (140). ¿Por qué Isla le dio a su héroe el nombre de Gerundio? Si le hacemos caso, para no agraviar a nadie en concreto, porque nadie llevará tal nombre. Pero en el nombre va incluida cierta caracterización negativa, ridiculizadora del héroe novelesco, algo que no se le escapa al canónigo don Basilio, que va más allá en dicha ridiculización cuando, ante las memeces del predicador, le espete: «Ya no me parece el nombre de *Gerundio* tan propio y tan adecuado a los méritos del padre predicador como lo sería el de *Supino*» (650), que, como se sabe, además de ser una forma nominal del verbo en algunas lenguas indoeuropeas, tiene el significado común de «necio».

El padre de Gerundio se llama Antón Zotes, como ya se ha reiterado. El nombre común «zote» alude al hombre ignorante, torpe y tardo en el aprendizaje; de ahí la ironía de Isla al decir que los Zotes son «familia arraigada en Campos, pero extendida por todo el mundo, y tan fecundamente propagada que no se hallará en todo el reino, provincia, ciudad, villa, aldea, ni aún alquería donde no hiervan zotes, como garbanzos en olla de potaje» (199). La madre de Gerundio es Catanla o Catuja Rebollo (203), si bien en otra ocasión es Catanla Cebollón (432), apellido despectivo que Isla usa también para otros personajes, sin duda con significados como «torpe» e «ignorante» (cebollino) y «tosco», «basto» (cebolludo). El predicador mayor se llama fray Blas Cebollón de la Remolacha —recalca Isla que «estos eran sus apellidos, paterno y materno» (802)—; una tía de fray Gerundio es Cecilia Cebollón, la Cebollona (816), cuyo hijo se llama Bartolo, nombre también ridiculizador («ser un Bartolo», «echarse a la bartola»), aplicado también en la novela a un donado, el hermano Bartolo, hombre de grandes desatinos (640). Y otro Pascual Cebollón —al que aludiremos después— anda por el «Prólogo con morrión».

Recordemos otros nombres cuyo significado caracterizador anula la distancia con los comunes: Zancas-Largas, el gran dómine preceptor de Gerundio, que, sin duda, procede del *Sancho Zancas* del *Quijote* (cap. IX) retratado junto

a su asno⁸; Domingo Ramos, mayordomo de la Cruz, que representa a Cristo en el domingo de Ramos (919); Eustaquio Cuchillada y Grande, que originó un sermón de honras que comenzó así: «¡Al maestro cuchillada, y grande!», «refrán y equívoco que desde luego captó, no sólo la admiración, sino el pasmo de todo el auditorio» (761); fray Prudencio, en cambio, es un hombre grave, «y le cuadraba bien el nombre, porque era hombre prudente, sabio, más que regularmente erudito, de genio muy apacible, aunque demasiado bondadoso» (448) y, para los «gerundianos», hombre anticuado, por lo que uno de ellos, el predicador mayor, le motejará de fray Borceguías Marroquíes, para ponderar, con este calzado también anticuado, sus «vejeces» (705).

El sentido negativo de estos nombres caracterizadores de los personajes se muestra aún más ridiculizador y humillante cuando presentan un sentido animalizador, de manera que la persona/personaje queda rebajada a una categoría inferior. Aquí el humor de Isla se muestra en toda su dureza y agresividad. No está lejos la actitud del escritor de la visión grotesca y esperpéntica de los personajes. La etimología de Campazas enfrenta a Antón Borrego, Blas Chamorro, Domingo Ovejero y Pascual Cebollón, con César Capisucio, Hugo Capet, Daniel Caporal y Julio Capponi. La primera serie es claramente animalizadora, rebajadora, degradante, porque Isla escoge apellidos que, además, aluden a la necedad y la ignorancia, a una inteligencia roma. La segunda serie defiende que Campazas viene de *capazas*, por lo que sus apellidos empiezan todos con *cap-* de «capa», de «cabeza», en latín, y de «capar»; recuérdense: Capisucio, Caporal, Capponi y Hugo Capet (sin duda éste con el recuerdo del rey francés Hugo Capeto); en cualquier caso, nombres despectivos con los que, sin duda, el narrador quiere provocar la risa del lector, previsto, sin duda, como un lector de convento; es fácil pensar en el regocijo de los frailes ante unos lugareños cuya rudeza secular se subrayaba con nombres y apellidos caracterizadores de tal calibre. Añadamos aún el del escribano Conejo y el de su mujer Maribeltrana Pichón, «por otro nombre, *la Roma*» (757); el de Pascual Carnero, mayordomo de la Cruz que en las «circunstancias» de la plática de disciplinantes predicada por fray Gerundio quedó transformado en Cordero Pascual (así razonó el predicador: «Sabe el discreto que de los corderos se hacen los carneros; luego, nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero sería cuando niño Cordero Pascual» (543)); y los de Bartola Conejo y su marido,

⁸ «Junto a él [Rocinante] estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía: *Sancho Zancas*, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el tallo corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas; que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia» (*Quijote*, I, cap. IX).

Bastián Borrego, un verdadero Sancho Panza, escudero de su Quijote, el predicador fray Blas, tanto en el porte como en las palabras:

Salió al ruido de los golpes el lego que cuidaba de ella [de la granja], y encontróse (¡Quién tal imaginara!) no menos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable fray Blas, y con un labrador guedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venía en su compañía: caballero el padre predicador en un rocín acemilado, tordo, sutil, zanquilargo y ojeroso, y montado el pasisano en un pollinejo rucio, aparrado, estrecho de ancas, rollizo, orejivivo y andador (469).

Este Sancho, «zafio de explicaderas, grosero de persona y no muy delicado de crianza [...], bastante ladino y un sí es no es socarrón» (470), era hombre también de refranes, como el escudero cervantino:

Pues, ¿qué? ¿No hay más que intrar uno cofrade, morir bien o mal (como Dios le ayudase), irse al pulgatorio y salir luego d'él de mogollón y, como dicen, de bóbilis bóbilis, sin que le cueste tanto como a cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale mucho cuesta; donde las dan, las toman, y donde no las toman, no las dan (473).

Como se ve, los nombres acusan las cualidades de los personajes y provocarían la carcajada, tanto cuando se nombrara a «el tío Borrego» como cuando éste aludiera a «la mi Coneja» (478)⁹.

También los nombres de lugares quieren ser caracterizadores y, cuando no, se hiperboliza su importancia de tal forma que, paradójicamente, quedan minimizados, empequeñecidos. Un colegial venía cazando por una senda que guiaba a Tras de Conejo (748), no sólo porque anduviera a la caza del conejo, sino porque acudía a escuchar el sermón de honras con ocasión de la muerte del escribano Conejo; Ajos y Cebollas, aunque lugares de Ávila, los cita Isla por chanza, lo mismo que Verraco, pura invención; y Cojeces de Abajo alude

⁹ En el capítulo final de la novela, un caballero inglés le descubre al autor la falsedad de su *historia*, engañado como fue por un supuesto coepiscopo armenio, pues, entre otras cosas, en los papeles que éste tradujo —y de donde el autor sacó la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*—, no figura un Bastián Borrego, nombre y apellido que tal vez escogió entre los que «le parecían más ridículos»; pero «no tiene más ridículo el apellido de *Borrego*, que los de *Carrero*, *Vaca*, *Mula*, *León*, *Osorio* (de oso), y entre las aves, *Águila*, *Pajarillo*, *Pajarón*, *Gallo*, *Palamo* y otros muchos con que se honran tantas familias distinguidas, y algunas de la más elevada nobleza» (934). La ironía y la ridiculización siguen presentes en estas palabras.

al hecho de que el maestro de Villaornate era cojo. No quiero detenerme aquí, sino en el nombre de Campazas, y no por la etimología discutida por los anteriormente mencionados eruditos lugareños, sino por la comicidad que resulta de la hiperbólica notoriedad de la que Isla llama «posibilísima ciudad» (196). No cabe más que transcribir las palabras del escritor:

No es Campazas ciertamente de las poblaciones más nombradas, ni tampoco de las más numerosas de Castilla la Vieja, pero pudiera serlo; y no es culpa suya que no sea tan grande como Madrid, París, Londres y Constantinopla, siendo cosa averiguada que por cualquiera de las cuatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas sin embarazo alguno. Y si, como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se contentaron con levantar en ella veinte o treinta chozas, que llamaron casas por mal nombre, hubieran querido edificar doscientos mil suntuosos palacios con sus torres y capiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda sería hoy la mejor ciudad del mundo (182)¹⁰.

LA ESCRUPULOSIDAD DEL HISTORIADOR

Finge el narrador ser un historiador de la vida y obras de fray Gerundio recogidas en distintas tradiciones escritas («un manuscrito antiguo», «un autor fidedigno», «buenos papeles», «un libro de becerro...») y orales («una puntualísima leyenda antigua», «por tradición de padres a hijos», etc.). Polt (1979) ha estudiado muy bien este asunto, por lo que no me detendré si no es para destacar brevemente la actitud irónica y la socarronería del escritor. El sentido escrupuloso del historiador, que sólo acude a los manuscritos o autores fidedignos para cuestiones triviales, forma parte del sentido de burla y risa que rebosa en el *Fray Gerundio*, a pesar de que la crítica atienda sólo a su carácter agrio y doctrinal.

Véase lo relevante de los hechos en los que unos historiadores difieren de otros: en la escuela de Zancas-Largas, Gerundio hizo novillos, faltó a clase, «doce veces, según un autor, o trece, según otros» (291); «se subió sobre una

¹⁰ Nos recuerda este fragmento unas palabras del escudero del *Lazarillo*: «No soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas que, a estar ellas en pie y bien labradas, dieciséis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas» (*Lazarillo de Tormes*. Madrid: Cátedra, 1987, pp. 102-103, ed. de F. Rico).

silla o taburete (que en esto hay variedad de leyendas y no están concordados los autores)» (415). Sobre asuntos tales es sobre los que el autor se muestra escrupuloso, de forma que si algo no aparece en la fuente histórica debe evitarse la conjetura o la sospecha (610). Son curiosas las menudencias de este tipo, pues —un rasgo irónico más— Isla dice que en su historia «nunca pueden hacerse lugar noticias que no sean de la mayor importancia» (636).

La ironía del escritor, la actitud burlesca, afecta satíricamente, sin duda, al exceso de erudición, a los escrupulillos tontos de los eruditos; pero no puede olvidarse el recuerdo del *Quijote*, en el que no me detendré. La ironía de Isla se refuerza en el capítulo final de la novela, pues el rigor fingido del historiador acaba en una verdadera farsa, puesto que los papeles de viejos manuscritos orientales que seguía, en la traducción hecha para él por un farsante, no son otra cosa que invenciones. Terrible evidencia para un historiador que afirma su sinceridad y la veracidad y exactitud de su historia (806)¹¹:

¿Viste tal vez —escribe Isla en tono de chanza— cuando se cae de repente el techo de una casa y coge debajo a un perro, sea dogo, galgo o perdiguero, cómo se queda espatarrado? Pues así, ni más ni menos, me quedé yo cuando acabó el milord inglés su razonamiento. Por más de un cuarto de hora quedé atónito, enajenado, fuera de mí, sin acertar a hablar palabra. Pero, recobrados los espíritus y dándome una palmadita en la frente, me acordé que todo esto ya lo había dicho yo en mi Prólogo, protestando que yo era el padre, la madre, el hacedor y criador de fray Gerundio (939-940).

Final curioso, pues vienen a identificarse ficción y engaño y la novela recibió una última vuelta de tuerca que a punto estuvo de dejarla malparada.

BURLAS Y VERAS DE NUEVO

El enfoque que aquí damos al *Fray Gerundio* no niega —ni siquiera discute— las interpretaciones más socorridas. Más bien muestra la otra cara, la de las chufletas, bufonadas y chocarrerías que el autor mezcla con las cosas serias y que el «severísimo lector» del «Prólogo con morrión» echa en cara al narrador (154). Ningún fruto han dado los autores graves y sus serios tratados: «Y después de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, serios y majestuosos, ¿qué he-

¹¹ Otra ironía más: a pesar de tal fidelidad a la historia, los anacronismos temporales son extraordinarios, pero no casuales, sino explotados con fines satíricos (Polt, 1979).

mos sacado en limpio? Nada, o casi nada» (157). En cambio, la burla y la parodia han dado a veces frutos que los tratados serios no han logrado. El padre Isla se coloca en la línea de Molière y de Cervantes (158-159) y, desde luego, en la del Erasmo del *Elogio de la locura*, libro en el cual «dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo» (155), por más que el padre Isla difiera de él, que se burló de las religiones, «confundiendo inicua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso y la vida ejemplar de millares de individuos con la menos ajustada de un puñado de defectuosos» (155). Pese a las reticencias —al fin y al cabo, Erasmo estaba incluido en el *Índice* de libros y autores prohibidos por la Iglesia—, Isla se reconoce en la burla erasmiana de los predicadores de aquel tiempo, se siente —a pesar de que en Isla haya más fe— en la línea de ese *Elogio de la locura*, «una de las creaciones más eminentes del humor carnavalesco en la literatura mundial», según aseveró Bajtin (1987: 19), y que, sin duda, dejó huellas también en lo que de carnavalesco —de humor carnavalesco— haya en el *Fray Gerundio de Campazas*. Recuérdese, por ejemplo, que todo el capítulo 54 del *Elogio de la locura* se refiere a los sermones de religiosos y monjes, comparando su retórica con la de los charlatanes de feria por sus gesticulaciones, cambios de voz, tonos, manera de pavonearse, contoneos...; el exordio del sermón es extravagante, pues «si quieren hablar de la caridad, comienzan su exordio por el Nilo de Egipto...» (112)¹². Estos y otros exordios parecidos dejan —como en el *Fray Gerundio*— boquiabiertos y embelesados a los oyentes y a otros les da la risa; a lo largo del sermón, estos predicadores —escribe Erasmo— «vomitan sobre el vulgo ignorante silogismos mayores y menores, conclusiones, corolarios y divagaciones necias, amén de falacias superescolásticas» (114) y, a la vez, y al fin, «se esfuerzan por aparecer chistosos y graciosos» (115). Son aspectos presentes en la novela del padre Isla, que, a mi parecer, necesitaría un acercamiento crítico más detenido, al igual que el asunto de las huellas carnavalescas que aquí hemos abordado en una primera aproximación al tema.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, JUAN LUIS (1972): *Historia de la literatura española. Tomo III. Siglo XVIII*, Madrid, Gredos.
- BAJTÍN, MIJAIL (1987): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza (ed. original, 1965; primera ed. en español, Barcelona: Barral, 1974).

¹² Cito por ERASMO. *Elogio de la locura*. Madrid: Alianza Editorial, 1984 (trad. de P. Rodríguez Sanchidrián).

- CASO GONZÁLEZ, JOSÉ MIGUEL (1983): «El padre Isla». *Ilustración y Neoclasicismo*, tomo IV de la *Historia y Crítica de la Literatura Española*, Barcelona, Crítica, 295-303.
- FERNÁNDEZ MARTÍN, LUIS (1978): «Introducción» a su ed. del *Fray Gerundio de Campazas*, Madrid, Editora Nacional, 7-55.
- HELMAN, EDITH F. (1970): «El padre Isla y Goya», en *Jovellanos y Goya*, Madrid, Taurus, 203-214.
- JURADO, JOSÉ (1992): «Introducción» a su ed. del *Fray Gerundio de Campazas*, Madrid, Gredos, 7-69.
- MARTÍN CASAMITJANA, ROSA MARÍA (1996): *El humor en la poesía española de vanguardia*, Madrid, Gredos.
- MARTÍNEZ GARCÍA, FRANCISCO (1982): «El “Fray Gerundio” de Isla entre dos hitos de la oratoria sagrada española: la “Instrucción” de Terrones y la “Práctica” de Obregón». I. *Tierras de León*, núm. 46, 79-104; y II. núm. 47, 61-98.
- POLT, JOHN H. R. (1979): «The ironic narrator in the novel: Isla», en *Studies in Eighteenth Century Culture*, IX, 371-385; incluido en *Historia y crítica de la Literatura española*, tomo IV, Barcelona, Crítica, 304-311.
- RODRÍGUEZ CEPEDA, ENRIQUE (1995): «Introducción» a su ed. de *Fray Gerundio*. Madrid, Cátedra, 13-125.
- SEBOLD, RUSSELL P. (1960): «Introducción» a su ed. del *Fray Gerundio de Campazas*. Madrid: Espasa-Calpe (*Clásicos castellanos*), vol. I, VII-XCVIII.